

Vicente Barbieri

CIELITO

Afícionate a la copla
y ya verás lo que es bueno
se te llenarán las siestas
de mariposas sin sueño.

Decíle palabras lindas:
vidita, prenda, torcaz...
Si te dicen que son cursis
dejálos decir nomás.

Ya se está cayendo el sauce
y el nido del bichofeo
¿Adónde irán, corazón,
las cosas que ya se fueron?

Dicen que viene el progreso
para suerte del país
será así, no lo discuto,
yo soy un pobre infeliz.

Dicen que todo se cambia:
el rancho y el pajonal;
la estrellita de mi guía,

ésa no cambia jamás.

Le pedí agüita al arroyo
para aplacar esta sed,
y me contestó el arroyo:

- Yo soy el muerto de sed.

CONFÍN Y ENVÍO

BÁLSAMO todo, pedernal y espuma.
Y aquí en las sienes en mortal desvelo,
el confesado daño, el triste gozo.
Así en total, numérico y en suma.
La forma de la mano bajo el cielo
y el aroma volcado en el sollozo.

Que me trepe su luz, que me consuma
lumbre total y liana sin descuido-
nada mejor que ser ceniza cierta.
Que venga en piedra, en llama y en espuma
el ángel de mis playas perseguido
hasta el desierto de mi mano abierta.

Mi distrito cambiante y riguroso
se encuentra aquí, de lápidas poblado,
tierra de bienes irreconquistables.
Distrito del ciprés artificioso
por mis lagos más nítidos cercado
y donde mueren ecos inefables.

Después, el crecimiento de la estrella,
y el signo que avanzaba entre martirios
al borde mismo de las duras manos.
Carabela de azul, de humo la huella.
Y la niña en la estampa de los lirios.

Y el denso mapa y los sollozos vanos.

Después, virgen de túnica nevada,
turris ebúrnea sobre los tejados,
torre sapiente con el gallo de oro.
El doncel en el casco y en la espada,
cercado de dragones, y en pesados
puentes de hierro, y en la voz del coro.

Después, todo de hinojos en el ruego,
y la monografía del espacio
en las pestañas interrogadoras.

Y el arcángel —la espada de su fuego,
la suspirada puerta de topacio
y las Jerusalén conciliadoras.

Y en el principio fue descubrimiento
de apenas dolorosas latitudes —
la brizna azul, las muertes prestigiosas.
En el principio, dimensión del viento
en su prisión y alcázar de virtudes,
y el hecho impar, y el seno de las rosas-.

En voces de limón y hierbabuena
miro crecer mi soledad armada,
y el ángel que custodia mi recinto.
Esta heredad de miel, esta serena
lumbre de la ceniza celebrada
con su guardián de piedra y de jacinto.

Arrecifes en duendes y en corolas,
playa de la indudable mensajera.
¡Oh su valle de aromas sepultados!
Allí mora la niña de las olas,
allí la nave de la eterna espera,
y allí duermen mis héroes olvidados.

Pórtico venerado, innumerables
voces de polen para el hondo río,
con la huella veraz, con el espino.
Ya diviso las torres perdurables
que afirman la ciudad de tu albedrío,
¡oh huésped de mi ser, oh peregrino!

Laudis Deo

LA COPA DE NIEBLA

Era de greda, nada más, la copa.
Fue descubierta junto a la vertiente,
santificada en fecha de ciudades
y a través del desierto conducida.

Sabía de su oficio el alfarero
cuando la modeló a su semejanza.

La caravana se detuvo un tiempo
-el aire era salobre, el agua adversa-
La copa embalsamada en el espliego
pudo tener amargas resonancias.

El alfarero sabe que la copa
llenará los altares y los ámbitos.

El templo iluminado y los vitrales
en las escenas de oficio. Gimen
las campanas de miel y de bengalas
para anunciar el sueño de la greda.

El alfarero duda: de sus manos
nunca salió una copa tan oculta.

Hielo en las sienes del monarca muerto,
tierra en las manos del payaso muerto,
polvo en el ruedo ardido de la púrpura
y los caninos en la niebla, solos.

El alfarero calla. En los altares
vela el recuerdo de la copa ausente.